



elQuincenal

Colegio Internacional Kolbe

"Educar es sembrar, no recolectar"



Franco Nembrini acudió una vez más al Colegio Internacional Kolbe para continuar con los encuentros para padres y educadores que está desarrollando este curso escolar. En esta segunda sesión, el educador italiano buscó un encuentro más dialogado, con intervenciones de los asistentes. Clara Fontana, directora del Centro, comenzó la ponencia recogiendo impresiones y reflexiones del primer encuentro. “Ahora sabemos que sí, que es posible educar. Que basta vivir a la altura de nuestro deseo; no hace falta ser especial para educar a unos hijos. Y esto fue liberador para todos”. Clara resumió también las conclusiones: “El problema somos nosotros, los adultos, los educadores. Por eso en nosotros surgieron diferentes inquietudes: ¿somos adecuados para esta tarea? ¿Estamos acompañados? Una inquietud que vemos cada año en los padres de nuestro Colegio: miedo a decepcionar a nuestros hijos, a que no nos respeten, a no saber hacerlo. La propuesta que nos hace Franco Nembrini es apasionante, pero solos no podemos llevarla a cabo. Por eso somos una comunidad educativa, y por eso estamos hoy aquí”.

FRANCO NEMBRINI

Entre todas vuestras preguntas y reflexiones, hay una que se repite: la referente al miedo. Insisto en ello porque es una característica de nuestra generación como padres y educadores. Hay una debilidad y una fragilidad en nuestra generación. Quiero que nos ayudemos a comprender en qué consiste este miedo. Es el miedo al mal, al dolor y al sufrimiento; pero es un miedo que transmitimos a nuestros hijos porque lo vivimos nosotros. De nuevo, el problema somos nosotros. He estado con un grupo de alumnos del Colegio y me decían: “¿Cómo se puede sentir como positiva la vida con todo el mal que existe?”. Habían tenido un encuentro con una superviviente de Auschwitz, Janina Reklajtis, y estaban impactados por la existencia de ese mal. Yo no tengo una respuesta, sólo podía contarles que en mis 60 años de vida cristiana, la única cosa que creo haber entendido es que no hay una respuesta, sino una posibilidad de trabajo. Para los jóvenes y para nosotros. Os pongo un ejemplo. Hace cuatro años estuve de vacaciones en Tortosa con algunas familias, y el primer día yo tenía que hacer una introducción sobre la belleza de la vida, del bien, y eso hice: maravillarme de poder descubrir esa belleza y ese bien juntos. Unos amigos me dijeron que había uno que estaba cabreadísimo por lo que había dicho. Fui a hablar con él, que ya había hecho las maletas para irse a casa (en parte también porque tenía que ir a cuidar de su hijo) y me contó su historia. Cuando era joven había conocido el cristianismo, y después se había ido alejando, y cuando se hizo mayor conoció a la mujer de su vida, con la que se casó y tuvo una hija. En los días previos al parto, había retomado la relación con unos amigos de la juventud, con los que había compartido la belleza de su vida, de la familia y el nacimiento de su hija. Pero estando en el hospital, a los cinco meses de nacer la niña, la madre murió mientras la amamantaba. Había sufrido un ictus, y él experimentó un dolor terrible. Por invitación de estos viejos amigos, aceptó venir a las vacaciones ocho meses después de la muerte de su mujer. Y me dijo: “Franco, si Dios es tan cruel que despierta en mí un deseo tan grande, me hace encontrar a la mujer de mi vida que lo satisface, y luego me la quita de esta manera tan cruel... Yo a este Dios no lo quiero conocer. Quedároslo vosotros”. Y yo me sorprendí de algo decisivo que había

cambiado dentro de mí: “Me estoy dando cuenta de algo. Yo, hace 35 años, ante un dolor semejante, hubiera escapado”, le dije. Le conté que, cuando empecé a dar clase con 21 años, empecé en un colegio donde había muchos chicos discapacitados, muchos de ellos iban a clase en silla de ruedas. Y pensaba: por fin puedo empezar a dar clase, a contarles a estos chicos todas las cosas bonitas que he descubierto, puedo hablarles de Dios, de la vida, de la historia, del hombre, de la fe... Y mientras hablaba de todo ello, había un chico en silla de ruedas totalmente parálítico, sólo podía mover la cabeza, que manejaba con la boca un lápiz con el que iba tomando nota de todo. En un momento, cuando estaba a punto de terminar la clase, otro chico le cogió el folio a este y me lo puso encima de la mesa. Había escrito: “Querido profesor: yo creeré en lo que usted me está diciendo cuando usted me explique por qué yo estoy así y usted no”. Yo ese día me escapé. Me agarró el dolor, un miedo tremendo, unas ganas de llorar... Y me marché.

Le conté este episodio a este amigo en las vacaciones y le dije: “Ya no me escapo. Porque he visto los suficientes milagros, he conocido a suficientes santos como para poder afirmar que el bien vence. No tengo respuestas a la pregunta de por qué ha muerto tu mujer. Sólo sé que dentro de este inmenso dolor puede esconderse algún bien y me gustaría que lo descubramos juntos”. Él se conmovió mucho, me abrazó y me dijo: “Tenía miedo de que me dieras respuestas preconstruidas. Pero no lo has hecho, sino que me has ofrecido tu compañía, y por eso yo ahora quiero estar aquí, contigo, y que hagamos un trozo del camino juntos”. En esta pequeña historia se entiende una cosa, la tarea primordial del adulto: verificar si realmente la vida es un bien. Porque si la vida es un bien, todo el problema de la educación es que nuestros hijos puedan ver en nosotros a gente que no tiene miedo, que no tiene miedo de la muerte, del dolor y ni siquiera del mal. Para quien ha hecho una experiencia real del perdón, el mal no tiene la última palabra. Por ejemplo, un padre y una madre que se han perdonado tanto que el mal no destruye su relación. Y eso permite estar seguros de que el bien vence, también ante las cosas terribles de la historia. Pero nos cuesta mucho hacer esta verificación. No abrazamos



el dolor, la fatiga y la fragilidad; tratamos de evitarlos. Ya no nos subimos a la cruz; la intentamos esquivar. Porque tenemos miedo de que la fatiga nos destruya y destruya nuestra certeza sobre la vida. Imaginaos a nuestros hijos: hacemos lo imposible para evitarles la fatiga, el dolor, cualquier cosa que les haga sufrir. Desde cierto punto de vista esto es justo, no quiero decir que haya que exponerles a situaciones terribles. Pero el dolor y la fatiga en la vida existen, y hay que acompañarles para que sepan que existen y cómo responder. En cambio, nosotros tenemos miedo (y así se lo transmitimos a ellos) de que las cosas no funcionen, de que todo sea una inmensa tomadura de pelo.

Una vez un chico que habíamos acogido en casa, que tenía una enfermedad del sistema nervioso, me preguntó si sabía qué era un jersey. Y le dije que claro, que es algo que te pones cuando hace frío. Y me dijo: “¡No! Es esa prenda que los hijos se tienen que poner cuando las madres tienen frío”. Así que recogí el guante y continué hablando con él -es un chico con una inteligencia fuera de lo normal-. Siguió preguntando: “¿Sabes lo que es el movimiento católico de Comunión y Liberación?”. Yo pertenezco a este movimiento y obviamente lo sabía, y él me contestó: “Es el movimiento donde los hijos deben entrar cuando las madres tienen miedo”. Esta es la definición de la educación que está en el origen de las patologías de nuestros hijos. Porque hay un equívoco que me gustaría aclarar: nosotros buscamos siempre atajos que nos eviten afrontar el problema de la educación, o mejor, buscamos

los atajos para que nuestros hijos no tengan que pasar por el sufrimiento de hacerse mayores. Cuido a mi hijo, atiendo sus necesidades, todo va bien, luego le meto al Colegio Kolbe, allí le enseñan, le dicen lo que tiene que pensar, y de esta manera lanzo el problema a otros y me evito tener que educar. Es importantísimo entender esto para el colegio y para la familia: es como el ejemplo que contábamos de los adolescentes que tiran de la cuerda para ver si la casa resiste. Si resiste, se hacen fuertes y se lanzan a la vida. Pero tenemos miedo de que nuestros hijos se vayan lejos de nosotros, a un mundo lleno de peligros y les perdamos, y por eso les mantenemos cerca de nosotros. Y esto pasa también en el ambiente de los padres y el colegio. Una madre me dijo que estaba enfadadísima porque su hijo había llegado a casa con las notas y tenía 7 y 8. Y yo le dije: “Señora, a lo mejor tiene que mandármelo a casa una temporada porque lo que tenemos que hacer es alejarle de usted”.

Estar seguros de que el bien vence nos permite dejar a nuestros hijos libres, y no tener miedo de esa libertad. Ese es el gran misterio de la educación. Porque tenemos miedo de la libertad, de la nuestra y cada día más de la suya. Y este miedo es el enemigo de la educación.

En otra ocasión estaba en un encuentro, más o menos como este, y se levantó una madre y empezó a llorar sin parar. Cuando se calmó dijo: “Todo lo que ha dicho es precioso, profesor Nembrini. Pero yo tengo una hija de 17 años que me está matando. Duerme fuera de casa,

vive en las calles, se emborracha y se droga... Lo peor que te puedas imaginar. Usted me tiene que responder a esta pregunta: ¿cuál es el punto exacto en el que debo pararla, en el que tengo que intervenir para salvarle la vida? Porque debo salvarle la vida". Yo no sabía qué contestar, y en primera fila había una monja muy, muy anciana que levantó la mano. Y le dije que respondiera ella para ir pensando yo mientras mi respuesta. "Quiero contestar porque cuando yo era una joven monja una madre me hizo exactamente la misma pregunta, también llorando. Le propuse que fuéramos a ver a un sacerdote joven porque pensé que él la podría ayudar. Este sacerdote era Luigi Giussani, que se levantó y abrazó a esta señora, y le dijo: 'Señora, si Dios, que ha dado su vida por mí, por usted, y por su hija, que ha dado su vida en la Cruz por nosotros, que ama a su hija infinitamente más de lo que la ama usted, si existe un Dios que la ama así, que nos ama así, si este Dios permite que alguno de nosotros vaya al infierno, significa que nosotros no podemos hacer nada por pararlo". Yo desde entonces sigo dándole vueltas a esta respuesta, que aún me cuesta entender. Lo único que comprendo es que Dios se detiene en el umbral de la libertad, y que nuestra tarea es la misma: amar a nuestros hijos hasta dar la vida por ellos pero sin impedir jamás su libertad. Esto no significa que les dejemos hacer el mal o que todo da igual, significa que la libertad es algo muy serio. La libertad de adherirse a la verdad y al bien es algo muy serio. Pensamos que la libertad es lo que les damos nosotros, y de hecho alguna vez una madre pregunta: "¿cuánta libertad le doy a mis hijos?" Pero no seamos tontos, porque la libertad la da Dios. Es una cosa tan seria que es la posibilidad de que nos adheramos a la verdad, al bien y a la belleza o los rechazamos. Esta libertad se la da Dios a nuestros hijos; nosotros sólo podemos ayudarles a ejercerla. Con nuestro testimonio acompañamos a nuestros hijos en esta tarea. Debemos trabajar juntos sobre esta libertad para entenderla mejor, así que preguntad.

ÁNGEL MEL, director general del Colegio: Escuchándote me gustaría que fueras un poco más allá. Porque lo que dices lo vivimos día a día, y después de escucharte, de escuchar que hay una esperanza para la vida que tú has experimentado y que tú vives, pienso que alguno dirá: yo no he tenido esos padres, ni ese amigo que me acompañara en el camino, ni sé ahora mismo por dónde empezar para llegar a la certeza y a la seguridad que tú nos estás contando. ¿Por dónde empezamos? ¿Cuál es ese camino? No he acabado de entender cómo se va haciendo día a día ese camino hasta llegar al punto en el que tú te en-

cuentras.

FRANCO: Ayer los alumnos, después de su encuentro con la superviviente de Auschwitz, me contaban que había transmitido una imagen terrible del mundo. ¿Dijo ella algo positivo a los alumnos?

ÁNGEL MEL: Pues en su relato no llegó a explicitarlo, pero en cómo estaba, cómo hablaba, se percibía que evidentemente había hecho este recorrido. Para mí era evidente, pero no dijo nada sobre ello, aunque su presencia allí, con una dignidad alucinante, pudiendo hablar de cosas -de su salida del infierno- con ese perdón que transmitía su voz, implicaba que había hecho una experiencia de bien en la vida. Pero le podría hacer la misma pregunta a ella.

FRANCO: Muchas veces cuando hablo de estas cosas la gente me pone esta objeción, que yo he tenido una vida maravillosa, con unos padres maravillosos, mis hermanos, no hay muertos ni heridos... El camino de esta mujer es el mismo que el mío, y ella parte de Auschwitz, de ese horror, de ese infierno en el que la encerraron con 10 años. O sea que nadie puede decir que no es posible recorrer este mismo camino. Lo que tenemos que hacer es ayudarnos y ver cuáles son los pasos. Este camino terrible lo hizo también el padre Kolbe metido en la celda de la muerte. Decídmelo si alguno de vosotros está peor que él. Quizá no pensamos suficientemente que la cruz es algo muy serio. Aunque no sé si sois todos cristianos, nosotros creemos que sólo se puede vivir la Gloria de la Resurrección pasando a través de la cruz. Yo pienso mucho que la realidad es la misma para todos, aunque a cada uno con un misterio concreto: unos tienen más sufrimientos, otros menos o simplemente, distinto. Pero estemos muy atentos y seamos muy prudentes, porque del dolor de los otros no tenemos ni idea. Es peligroso pensar que a mí me ha tocado lo peor y que los demás son felices. Mi padre cuando nos oía quejarnos me decía: "Franco, si algún día nos reuniéramos todos en la plaza del pueblo, cada uno con su cruz, y tú pudieras ver la cruz de los demás, cada uno de nosotros volvería a casa con su cruz, pero silbando. Cantando. Agradecidos". Independientemente de las circunstancias de cada uno, tanto ante las cosas malas como ante las bellas, todos por nuestra libertad, damos un cierto juicio determinado de la realidad.

Si hubierais visto morir a mi cuñado Giorgio el año pasado sabríais que se puede estar delante de la muerte como una ocasión extraordinaria de bien, para uno mismo y para la familia. El bien y el mal los tenemos delante, pero

Nuestra tarea es amar a nuestros hijos hasta dar la vida por ellos pero sin impedir jamás su libertad

cómo esto juzga nuestra vida y cómo nos interpela, lo decidimos cada uno. Ante la crisis, por ejemplo, hay gente que se ha puesto en movimiento, ha tomado la iniciativa, mientras que a otros les ha hundido. El problema es el de la libertad, tanto en nosotros como en nuestros hijos. Sólo podemos educarles. Uno se levanta por la mañana y abre la ventana y está lloviendo, y dice: “Qué horror, lo que me faltaba, vaya faena, ahora me voy a mojar, qué pereza...”. Se levanta San Francisco y dice: “Alabado seas Señor por el agua, que es útil y preciosa”. Y el agua es la misma, la lluvia es la misma. ¿Cuál es la diferencia? La libertad. La libertad es esta posibilidad que tenemos siempre de maldecir la fatiga y el dolor o de entenderlos como una ocasión de crecimiento.

Para responder más concretamente a la pregunta de Ángel, os digo: un camino tiene siempre tres características. La primera, hay que hacerlo juntos: solos no es posible. Hace muchos años se podía pensar en la posibilidad de educar a los hijos solos, porque había todo un contexto que educaba y que ampliaba lo que los padres explicaban

en casa. Cuando yo era pequeño, si iba por la calle y hacía una maldad, pasaba el carnicero y me pegaba una colleja tremenda. Y yo no entendía por qué me tenía que pegar, pero claro, era un aliado de mi madre (a quien no se lo podía contar porque me pegaba el doble). De hecho, no era sólo el carnicero, tenía más aliados: cuando llegaba a casa después de haber hecho cualquier pifia, mi madre, que había estado todo el día en casa, conseguía saber qué es lo que había hecho. Yo no entendía esta red suya de espionaje. Pero esto ya no es así. Estamos solos, estamos delante de una difamación, de una mentira, y muchas veces los periodistas son tremendamente culpables de esto, de vertir sobre nosotros una imagen del mundo repugnante. Pero esta imagen es mentira: hay muchísimo más bien, muchísima más belleza de la que ellos cuentan. Si viéramos el mundo como lo ve Dios, veríamos una auténtica marea de bien y belleza. Hay que combatir este asco, este mal que amenaza con hundir y ahogar a nuestros hijos. Hay que vencer la tentación de dejarnos vencer por esta imagen, por el miedo, y encerrarnos en casa. Hay que salir y mostrar todas las cosas bellas del mundo.

Escena de la película “El indomable Will Hunting”



No podemos estar solos, tenemos que acompañarnos en este camino. Hay un cambio entre llegar a casa y ponerse a gritar porque los niños no han hecho los deberes o contarles “hoy hemos estado escuchando a Franco Nembrini, que nos ha contado unas cosas preciosas, nos ha hablado de la belleza del mundo... ¿qué os gustaría que hiciéramos juntos este verano?” Supongo que todos los que estáis aquí sois padres del Kolbe, pero hay que dar un paso más: trabajar por que la escuela sea vuestra. No es que el Colegio os necesite a vosotros, es que vosotros lo necesitáis para educar a vuestros hijos. Y no en el sentido de que les mandéis aquí y os desentendáis, sino que construyáis juntos algo grande. Esta implicación puede ser construir el colegio, puede ser echar una mano... Si vuestros hijos ven a unos padres que dedican la vida (y cuando digo la vida me refiero a todo: las vacaciones, el dinero, la casa...) a cambiar el mundo, con eso es suficiente. Ya habéis educado a vuestros hijos.

Cuando mi madre se estaba muriendo, ella se dio cuenta, y me dijo: “Franco, me da pena morirme. Me da pena porque ahora que sois mayores podría haber hecho algo

bueno por el mundo”. Una mujer que nunca había salido de su pueblo, una campesina que había vivido metida en su casa, que cuando ya estaba muy enferma recogía las sábanas viejas del vecindario y las hacía tiras para mandarlas, como si fueran vendas, a los misioneros de África... Porque ella en ese momento tenía en el corazón no sólo a sus hijos, sino a África entera. Y sus hijos, delante de ese testimonio, sólo podíamos ponernos de rodillas.

Por tanto, primera característica del recorrido: hacerlo juntos. Segunda característica: tener paciencia. Educar es un trabajo de sembrador, no de recolector. Unos siembran, otros recogen, dice la Biblia. En la educación es así: rara vez se recogen los frutos del trabajo que uno ha hecho. Y esto pasa en el colegio: rara vez se recogen los frutos pero de repente aparece algo que te hace darte cuenta de que todo ha merecido la pena. Hace unos días, un hombre de 42 años llamó a mi puerta y me dijo: “Profesor, ¿se acuerda de mí?”. Obviamente no, no me acordaba. Hacía 25 años que no le veía. Él me dijo: “No me importa, yo sí que me acuerdo. He llevado una vida un poco desordenada pero finalmente he encontrado a



la mujer de mi vida. He decidido casarme y construir una familia, y quiero que usted sea mi testigo. Porque en estos 25 años he vagado por el mundo y he vuelto al único punto firme que recordaba: aquel año que estuve dando clase con usted". Por una persona así merece la pena haber dado clase durante 36 años, a pesar de las desilusiones y las dificultades que he tenido.

Hacer un camino, hacerlo juntos, tener paciencia... Y el tercer punto importante es la libertad. Quiero leerlos una cosa: "La educación de los hijos es una empresa para adultos dispuestos a una dedicación que se olvida de sí misma. Son capaces de educar un marido y una mujer que se aman lo suficiente como para no mendigar el afecto de sus hijos, se aman tan de verdad que no son dependientes del afecto de sus hijos. El bien de vuestros hijos será el que ellos decidan, no pongáis en ellos vuestros deseos. No volquéis en ellos vuestras frustraciones; bastará que sepan amar el bien y curarse del mal, y que tengan horror a la mentira y amen la verdad. No pretendáis diseñar su futuro. Estad orgullosos y ayudadles a que vayan hacia delante, hacia el mañana, con decisión, incluso aunque se olviden de vosotros. No alimentéis ingenuas fantasías de grandeza. Pero si Dios los llama a algo bueno y grande, no seáis vosotros el lastre que les impida volar. No os arroguéis el derecho de tomar decisiones por ellos, ayudadles a comprender que en la vida hay que decidir. Y que no se asusten si lo que aman les exige fatiga y, algunas veces, sufrimiento. Porque una vida que se vive para nada es insostenible. Les ayudará mucho más que vuestros consejos la estima que tienen hacia vosotros y que vosotros tenéis hacia ellos. Más que mil recomendaciones que les sofoquen y les ahoguen, les ayudarán los gestos y el testimonio que vean en casa. Que vuestros hijos vean en casa ese sano "encontrarse bien" que empuja y anima incluso a salir de casa, porque te mete dentro la confianza en Dios y en la realidad y el gusto por las cosas". Esta frase es de San Ambrosio, siglo IV D. C., cuando el Cristianismo estaba apenas naciendo. Llenadles de belleza y de bien y de verdad, para que ellos puedan vivir.

La compañía: hacer el camino juntos, correr juntos por el mundo y enseñarles cosas grandes. La libertad: vivir para cosas grandes, para algo más grande que nuestros hijos. Y la paciencia: no somos dueños del tiempo.

ONINTZA, profesora de Secundaria: Franco, permanentemente estás hablando de cómo educar, pero yo quiero ser educada también. Porque yo tengo alumnos, tengo

hijos, a los que me gustaría educar. Hablas también de la importancia de que la familia transmita una cierta concepción de la vida. En mi experiencia, yo no he recibido eso: me trasladaban que no merecía la pena vivir en un mundo como este. Y yo he crecido de esta forma: aunque no he hecho mía esa visión del mundo, no he tenido argumentos para rebatirla. Sólo cuando he tenido la suerte de tener una compañía concreta que me ha ayudado a descubrir la belleza de la vida es cuando he podido iniciar un camino que me permite ser como soy ahora: imperfectísima pero con una certeza de belleza. Cuando yo me encuentro con padres en las tutorías que percibo que no tienen esta certeza de la vida y obviamente no se la pueden trasladar a sus hijos no lo doy todo por perdido, porque yo fui educada siendo adulta, pero no tengo paciencia, no sé esperar, porque cuando uno ha recibido un

regalo muy grande quiere contárselo a todo el mundo, quiere que todos lo entiendan. Pero tengo padres que no ven mi regalo, tengo chavales que sufren, y no sé qué hacer para hacerles ver lo que yo he visto. ¿Qué podemos hacer?

FRANCO: Es lo que oímos ahora. ¿Por qué quieres traer hijos a un mundo como este? Esta pregunta que me haces es complicada. Cada uno tiene que encontrar su camino y aquí en el Kolbe tenemos que encontrar el nuestro. Pero lo primero

es que la educación no es padre+madre=hijo, no funciona así. La premisa del anterior encuentro era "todos educamos siempre". No se puede educar si no se es educado, es una necesidad. Os lanzo una pregunta: ¿vosotros por quién sois educados? ¿A quién seguís? Porque si vosotros no seguís a nadie, a quién van a seguir vuestros hijos? Son los padres los que nos ayudan a caminar hacia nuestro destino, y no necesariamente los padres biológicos. De hecho, la Iglesia llama padres a los sacerdotes y madres a las monjas, porque ellos acompañan a ese pueblo que les ha sido confiado hacia su destino. En otra ocasión, un chico me dijo que yo lo había tenido muy fácil por los padres que había tenido, pero que él tenía a su padre en la cárcel y a su madre metida en la prostitución. "Yo no he tenido nunca un padre", me dijo. Yo, violentamente, le pregunté: "¿Pero cuántos años tienes?". Y él me dijo que tenía 30. "Y en 30 años, ¿todavía no te has buscado un padre? ¿A qué esperas? ¿A qué esperas a encontrar a alguien que te acoja, que te perdona y te acompañe en el camino de la vida? Ese es tu padre". Las generaciones ahora mismo son huérfanas, porque ya no existe lo que había antes, esta cantidad de padres y ma-

Una de las experiencias más bonitas que se puede hacer en la vida es la de convertirse en hijo de tus hijos. Hijos que les han devuelto la vida a sus padres



dres que educaban . De hecho, todos somos padres putativos. Porque padre, padre en el sentido verdadero, sólo hay uno: Padre nuestro que estás en el Cielo. Yo muchas veces he visto a hijos que les han devuelto la vida a sus padres, que han sido realmente generadores de sus padres, han regenerado en la verdad a padres que estaban destruidos. Y seguramente una de las experiencias más bonitas que se pueden hacer en la vida es la de convertirse en hijo de tus hijos. La vida sucede de muchas formas diferentes, pero debemos decidir dejarnos educar, juntos, en la paciencia y en la libertad. La vida del colegio tendría que ser un diálogo constante. Aquí hay 300 personas en este momento entre padres y profesores, y todos estáis aquí porque tenéis una pregunta. No tenéis que esperar a que vuelva de Milán este gurú de Nembrini dentro de tres meses: esta tarea la vais a enfrentar el lunes en la escuela. Pongámonos juntos, todos los que estamos aquí, a trabajar juntos desde ya.

PROFESORA DE SECUNDARIA: Tengo una alumna con notas excelentes, aplicadísima. Le han dado una beca para Estados Unidos y no quiere ir, pero sus padres sí. Me pregunta a mí qué hacer. Otra quiere ser enfermera, sus padres se lo prohíben: o médica, o nada. Me pregunta. Y así todos los días. Yo, como profesora, siempre me encuentro en el mismo dilema: este es mi puesto de trabajo y si digo lo que pienso, me echan. ¿Cuál es mi responsabilidad? ¿Debo crear un cisma entre padres e hijos o animarles a que sean ellos los que tengan esa conversación? Cuando he dado la respuesta que me parecía verdadera, los padres han comenzado a odiarme, me han cerrado sus

puertas. No sé qué hacer; no sé si hay una respuesta inmediata, pero quería compartir esta pregunta con todos vosotros. Yo me encuentro en esta situación, en el dolor de ver a padres que dirigen la vida de sus hijos sin saber cuál es su responsabilidad.

FRANCO: No es que vaya a darte la respuesta adecuada, pero te diría que, en primer lugar, tienes que ganarte el sueldo. Tiene que haber una razón grave para que uno ponga en riesgo el llevar dinero a casa. En segundo lugar, jamás se debe separar a los padres de los hijos. Es uno de los peores delitos educativos, el ponerlos en contra, también a profesores y alumnos. Porque somos hijos de nuestros padres. Punto. Lo ha decidido el Padre Eterno y es así para siempre. Alimentar un odio entre hijos y padres es diabólico. En cambio, que haya unos padres que no entiendan lo que es bueno para los hijos... Pues hay que hacerles razonar, dentro de lo que se pueda. Si razonan, perfecto; si no, ayudaré al hijo (al alumno) a que de esa obediencia que le debe a su padre podamos sacar el máximo bien posible. Hay que acompañar a este alumno para que ese sufrimiento se pueda convertir en una oportunidad, porque un colegio hoy en día tiene como tarea también defender a los hijos de sus propios padres. Luego hacemos lo que podemos. Como confiamos nuestros hijos a Dios, lo mismo hacemos con nuestros alumnos, y con los padres: se los confiamos a la Virgen porque, al final, no somos nosotros quienes salvamos al mundo. Eso sí: tenemos que hacer todo lo posible.

Texto no revisados por el autor ■



Clara Fontana y Franco Nembrini, durante el segundo encuentro